LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

AÑO XXIII. NUM. 23.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs,—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Corpiño tirolés.—Petaca.—Gorro de dormir—Guarniciones para enaguas interiores.—La herencia de un soldado.—La bella Lola: contradauza.—Explicacion del grabado de modas.—Al Illmo. Sr. D. Félix María de Arriete, obispo de Cádiz.—*Oriental.*—*María.*—*Lejos de la patria.*—*Los sueños.*—De la asociacion.

Corpiño tirolés.

Este corpiño se prestará á muchas combinaciones que vamos á indicar. Puede hacerse de tela de *lana ó de seda*, *de barege*, de granadina, de muselina; en este último caso se suprimirá la faldeta de detrás.

Como se vé, se compone de dos partes distintas, la una lisa (coselete), la otra plegada; esta última podrá hacerse de nansuk blanco, é hilvanarla al borde del coselete, que seria de tela igual á la del trage; en este caso, el corpiño tirolés deberia llevarse con un corpiño escotado hecho de percal blanco. No es posible dejar de llevar este corpiño de debajo sino en el caso de que el corpiño tirolés fuese de tela tupida.

El coselete se forra, y *en todas las* costuras se le ponen ballenas. Si la tela lo permite, la guarnicion se compone de cinta de terciopelo negro y de rizados de tafetan; si no, se remplaza el terciopelo por tiras de la misma tela que el trage, con vivos alrededor, y se hacen los rizados con tiras semejantes, que tengan 2 centímetros de ancho, las cuales pueden ponerse dobles.

Tambien se hace el coselete de tafetan y muselina para acompañar á todas las enaguas.

Petaca.

MATERIALES.— Tafilete gris; terciopelo violeta; torzal de seda violeta; trencilla de oro; hilillo de oro; cuentas, etc.

Esta labor no puede ejecutarse sino en el *bastidor*, y exije cierta habilidad. El medallon del centro es de tafilete gris; el ramo se hace al pasado con torzal de seda violeta; los tallos y las venas son de cordoncillo ó trencilla fina de oro; los puntos señalados con tinta clara en las flores y en las hojas se hacen con hilillo de oro; el corazon de las flores se forma con cuentas doradas. El medallon va orlado con terciopelo violeta, y por dentro y por fuera de esta orla lleva otra de trencilla de oro, atravesada de trecho en trecho por puntos hechos con seda violeta. Los arabescos que figuran sobre el terciopelo se ejecutan con trencilla de oro; las cuentas doradas se cosen aisladamente, y luego forman en cada extremo una pequeña rosácea. Todo el fondo es de *tafilete gris*, y sobre él va el sobrepuesto de terciopelo violeta que forma el medallon.

Gorro de dormir.

Este gorro de ala plana, es á la vez cómodo, sencillo y distinguido; se hace de nansuk blanco. En el curso de los años anteriores hemos publicado muchos gorros *Carlota Corday*, de los cuales este es una variedad.

Guarniciones para enaguas interiores.

N.º 1.—Esta guarnicion, expresamente reservada para enaguas blancas de percal, puede sin embargo adoptarse para guardapiés de alpaca blanca ó de color claro y liso. Se compone de una tira de 7 centímetros y medio de ancho, dispuesta

CORPIÑO TIROLÉS.

© Biblioteca Nacional de España

en pliegues perpendiculares planos é iguales, separados por un intervalo igual. Si se hiciese de alpaca, se suprimirian estos pliegues, conservando la tira lisa. A esta va unido un volante estrecho, encañonado, y sobre él se pone una tira pespunteada por el derecho, y otra con dobladillo por el revés.

La tira plegada se reune é la enagua pespunteando por encima una tira estrecha dispuesta á ondas; luego se recorta, para quitarla, la tela de la enagua y la tira plegada, en todos los huecos de las ondas. La tira estrecha pespunteada á ondas está medio cubierta por un segundo pequeño volante encañonado, sobre el cual va una tira estrecha pespunteada sobre el volante y la enagua.

N.° 2.—Se ejecutará este dibujo sobre una tira de percal, la cual se coserá á lo bajo de la enagua (cuando esté terminado el bordado), sobre cuya tira se harán dos ó tres pliegues, y luego un dobladillo falso. Las ramas se hacen al feston, con algodon blanco, ó bien de lana negra; en este último caso, y antes de emplearla, se lavará un pedazo con agua caliente, á fin de asegurarse de que no destiñe.

N.° 3.—La guarnicion de este guardapiés de alpaca gris se compone de medallones largos de tela de lana á cuadros escoceses reunidos por unas especies de presillas recortadas en tafetan negro ó en cachemira negra. Los medallones van rodeados por una trencilla negra que los fija al guardapiés. Las presillas se cosen primero sobre este, luego todos sus contornos se orlan con dos filas hechas á punto-cadeneta con seda blanca (véase este dibujo en el n.° 24).

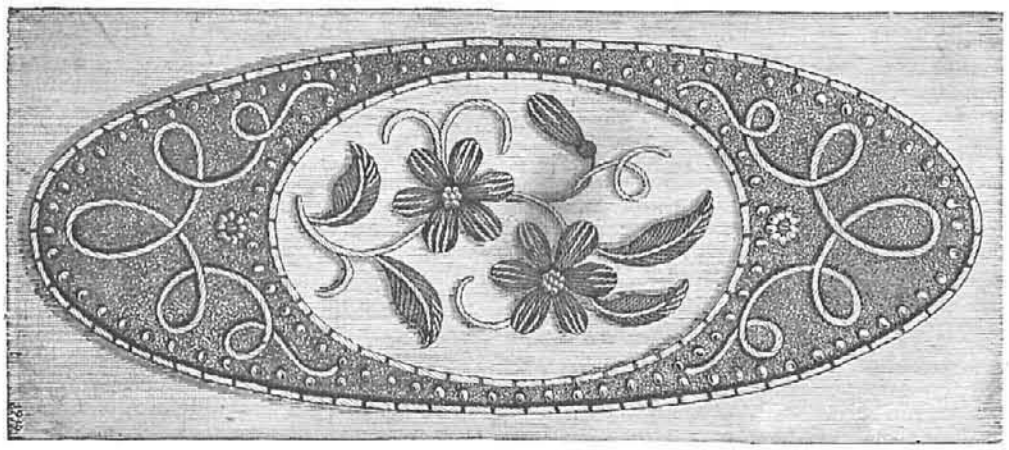
Un segundo dibujo representa esta guarnicion reducida, á fin de que se pueda comprender su conjunto.

N.° 4.—Se compone de cuadrilongos de cachemira azul vivo, aplicados sobre un guardapiés de color crudo, y rodeados por una trencilla blanca y otra negra. Se puede sustituir á las trencillas el punto de cadeneta. Se recorta la cachemira azul al rededor de la roseta, y en este sitio aparece el fondo del guardapiés.

Estas guarniciones se colocan á 4 centímetros de distancia del borde.

Las enaguas interiores se guarnecen hoy como los trages; por tanto, estos dibujos podrán servir tambien para guarnecer á aquellos sustituyendo el tafetan á la cachemira.

GORRO DE DORMIR.



PETACA.

LA HERENCIA DE UN SOLDADO.

(Episodio de viaje.)

Recuerdo todavía que hacia mucho calor en la tarde del 7 de Mayo de 1848. A pesar de esto habia habido tiros por la mañana, y no era cosa segura que dejara de haberlos al dia siguiente.

Yo estaba muy tranquilo en mi cuarto, cuando me anunciaron una visita.

La puerta se abrió, y momentos despues estrechaba en mis brazos á mi amigo N., ausente hacia algun tiempo de Madrid. Grande fué mi alegría por volverle á ver; no ignoraba los motivos que le habian hecho alejarse de nuestro lado, y adivinaba al verle, que tal vez habrian cesado para él los rigores de una persecucion tan ridícula como injusta.

—¡Narciso! exclamé por fin, pasados los primeros arranques del entusiasmo; cuéntame algo de tu peregrinacion, pero ante todo, ¿cuándo has venido?

—Ayer.

—Es decir, que hace dos dias que estás en la corte. Dos dias sin habérmelo avisado, sin haber tenido tiempo de verme hasta ahora.

—Tienes razon, pero piensa en los momentos en que he llegado, y me disculparás.

—Es cierto: loco de mí que me olvidaba de esas escenas de sangre, en las cuales nos ha tocado ser testigos. Pero dime ¿y no traes nada de nuevo que contarme? ¿es posible que no te haya ocurrido en el camino alguna aventura, ni sido héroe ó víctima de los mil lances á que tanto se prestan las posadas de Castilla? ¿No has tenido ni aun la dicha de ir en la galera al lado de alguna linda jóven de quien pudieras enamorarte como acontecerte suele con tanta frecuencia? ¿Ni siquiera has volcado?

—No, no me ha pasado nada de eso; solo una ocurrencia que me ha entristecido, y cuya memoria no se borrará en muchos dias de mi pensamiento.

—¿Tan trágica es?

—No es trágica; es una de esas escenas, cuya melancolía no todos saben comprender, porque no todos han sufrido tanto como yo: se trata nada mas que de la muerte de un hombre.

—¡Un hombre!

—Sí, un anciano, cuya vida está llena de tristes episodios, y cuya muerte ha sido el episodio mas triste de su vida.

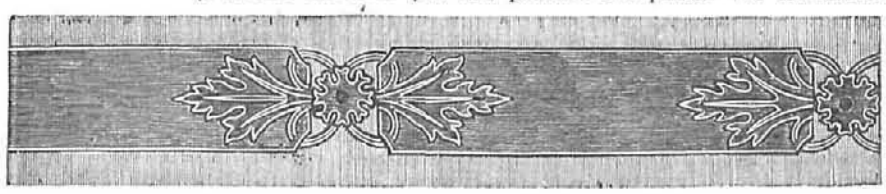
—Chico, vas despertando mi curiosidad hasta un extremo casi peligroso; yo te pido que inmediatamente me reveles ese suceso que de tal manera ha impresionado tu imaginacion.

—Lo deseas, y voy á complacerte.

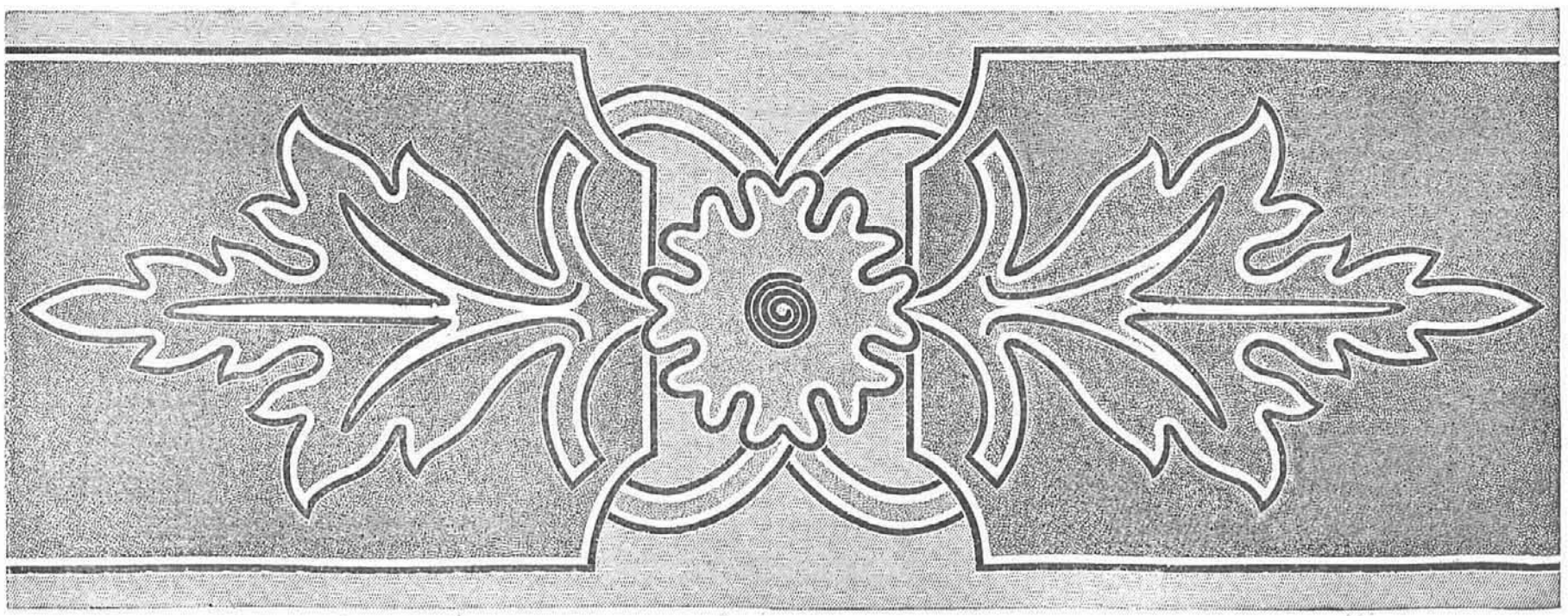
Y así diciendo, encendió mi amigo un cigarro, tosió, y dió principio á su historia en estos términos.

—Pocas leguas antes de llegar á Zamora, hay un pueblo, cuyo nombre no recuerdo, pero que tampoco hace gran falta para mi narracion. En él debíamos pasar la noche, apeándonos en una venta situada en el extremo del arrabal, y al lado izquierdo de la carretera.

Viajaban conmigo, en ese colosal vehículo, llamado mensajería, que, entre paréntesis, creo va á ser muy pronto reemplazado con una diligencia, unas cuantas personas, entre ellas dos señoras, madre é hija, las que me interesaron desde luego, la una por su carácter bondadoso, y la otra por su peregrina hermosura. Inútil es decir, que desde el momento de nuestra partida yo me constituí en criado suyo; era el encargado de darlas la mano para bajar y subir al carruaje, de acomodarlas en las posadas, y de servirlas en las comidas, juzgándome muy satisfecho de mis servicios al obtener en recompensa de ellos una palabra de la madre, y una sonrisa de la hija.

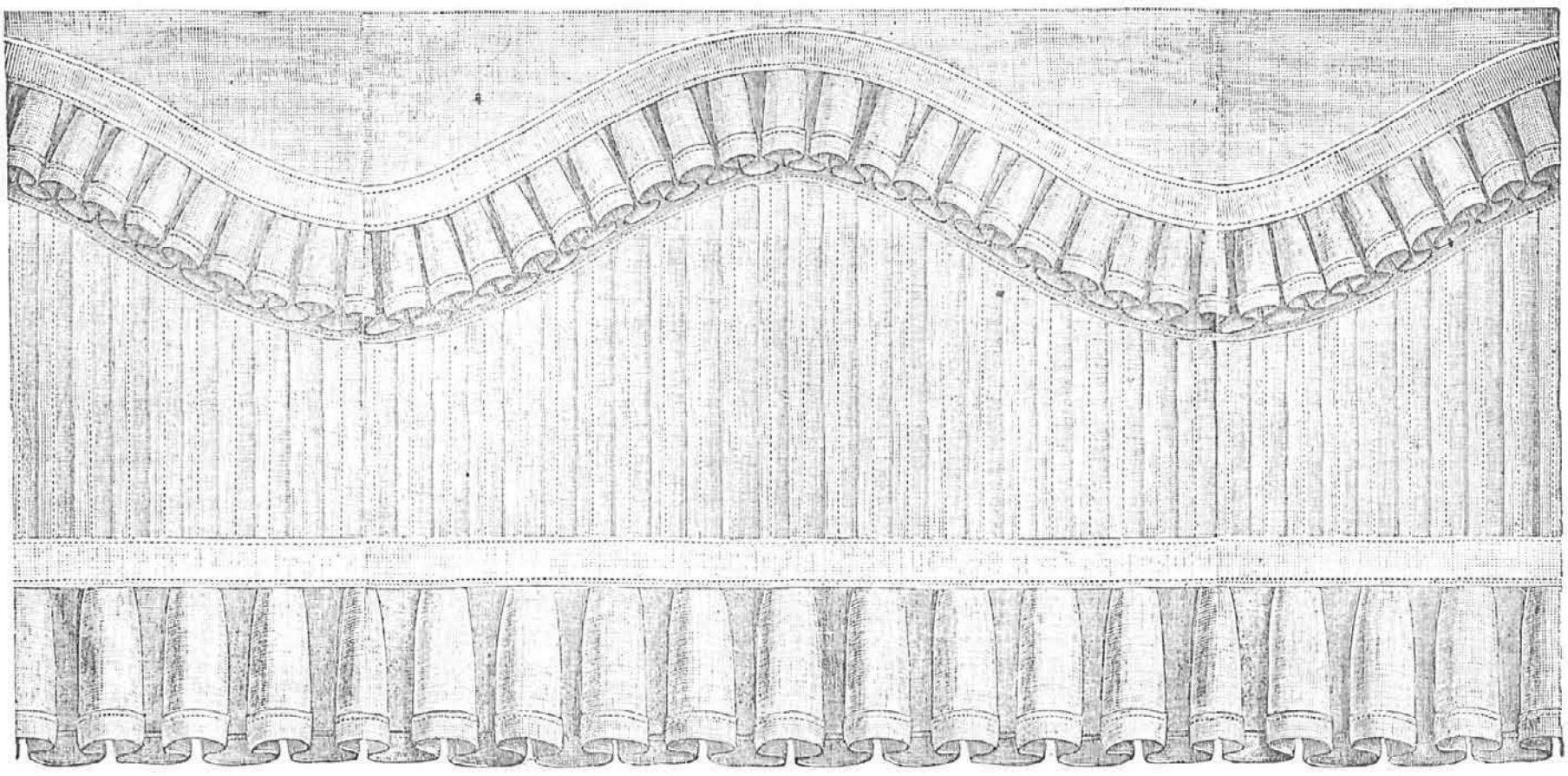


N.° 4 DUPLICADO.— GUARNICION DE GUARDAPIES, TAMAÑO REDUCIDO.



N.° 4.—GUARNICION DE GUARDAPIES, TAMAÑO NATURAL.

© Biblioteca Nacional de España



N.º 1.—GUARNICION DE ENAGUA Ó GUARDAPIES.

El mismo dia en que salimos de Avila, y al ir á concluir lo jornada, pues nos hallábamos cerca del pueblo de que he hecho mencion, nos ocurrió un accidente, muy comun en los caminos de España, y mas aun, estando, como estábamos, en lo mas crudo del invierno.

Empezaba á anochecer, y caia una lluvia abundante; los viajeros se hallaban casi todos sumergidos en un sueño profundo; mi anciana protegida tambien dormia, y su hermosa hija inclinaba ya la cabeza sobre mi hombro disponiéndose á hacer lo mismo. Solo yo estaba despierto, mirando alternativamente, ya al nebuloso cielo, ya á mi bella compañera de viaje, cuyo aliento sentia sobre mi rostro. Del sueño y la contemplacion nos distrajeron los desaforados gritos del mayoral, y los sonoros chasquidos de su látigo. Asomé entonces la cabeza por la proa del carruaje, y hé aquí lo que vi.

La lluvia, al despeñarse por las sinuosidades y barrancos del camino, habia formado en el sitio mas bajo de este, un lago que hacia bastante difícil el paso. Dudamos todos si convendria seguir ó hacer alto en aquel paraje; pero el temor natural que inspiraba un lugar tan desierto, y el frio que se hacia sentir de una manera horrorosa, unido á la proximidad á que estábamos del pueblo de parada, todo nos hizo abandonar la idea de quedarnos allí hasta la mañana siguiente.

Propúsose, pues, continuar la marcha, y este pensamiento fué aceptado por unanimidad. Mas era preciso para esto atravesar á pié aquella laguna, pues el mayoral no respondia de nuestra seguridad si no accedíamos á salir de la galera. En efecto, todos nos bajamos, y sin temor al agua que caia sobre nuestras cabezas, y al barro en que se sepultaban nuestros piés, fuimos salvando uno á uno aquel escollo donde habiamos estado á punto de naufragar. Así conseguimos volvernos á apoderar otra vez del carruaje, y proseguir la ruta comenzada.

Al llegar aquí, pasóse mi amigo una mano por la frente como evocando sus recuerdos. Toqué aquella mano, y estaba helada como el mármol; no sé por qué me estremecí, y tal vez le hubiera hecho notar esta sensacion, si no me hubiera impuesto silencio continuando de este modo la relacion de su aventura:

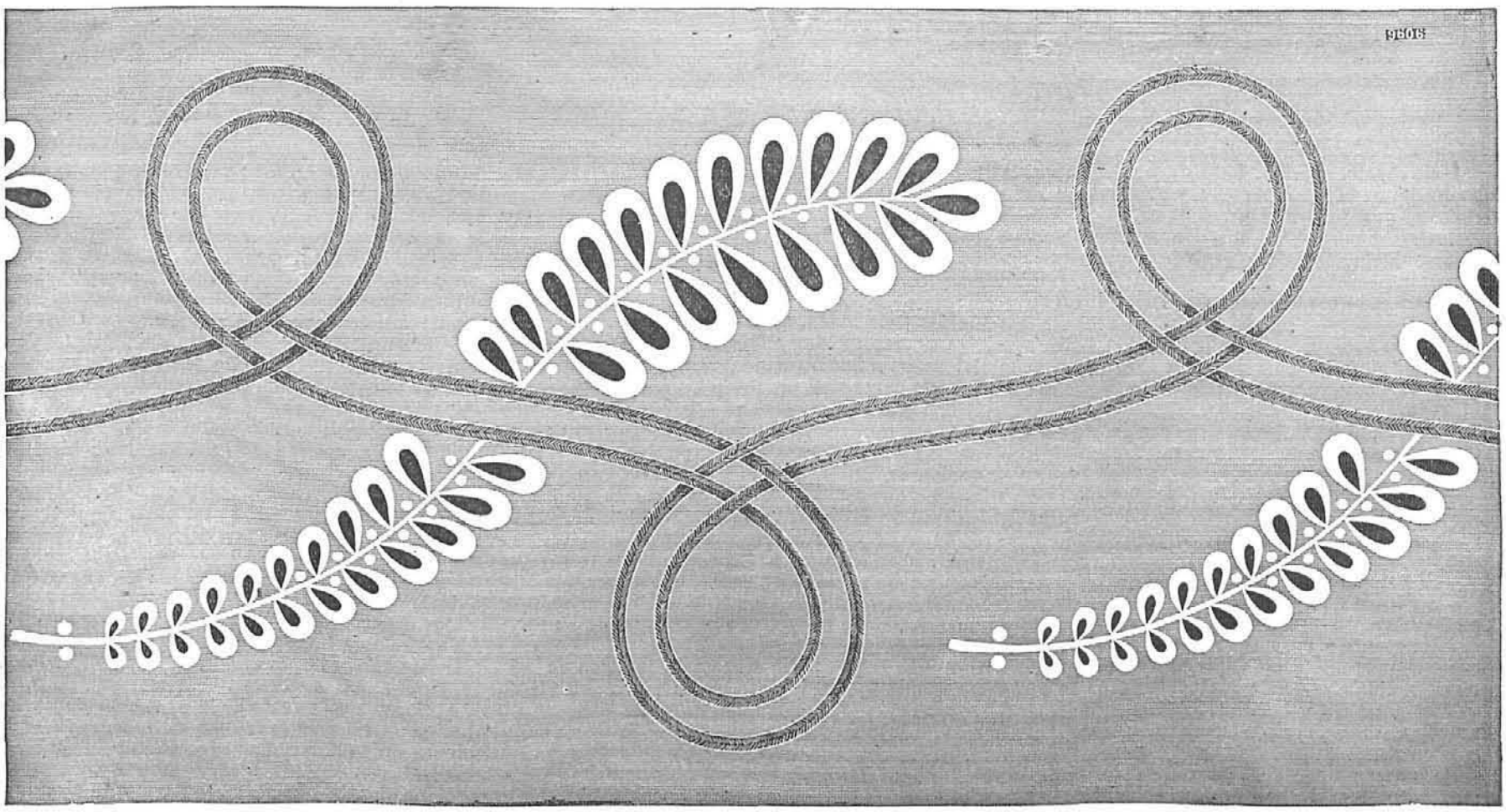
—Serian las nueve de la noche cuando llegamos á la posada, temblando de humedad y de frio, y anhelando tan solo una buena lumbre donde calentarnos, y una cama donde poder descansar de las fatigas del dia.

Mi primer cuidado fué buscar una habitacion decente para mis amigas, pero no pareciéndome á propósito la que un mozo me señaló, me dirigí al posadero, y le pregunté si no tenia un cuarto algo mas cómodo que aquel.

—Uno hay, me respondió; pero hace tres dias que está ocupado.

—¿Por quién?

—Por un soldado enfermo que tuvo que quedarse aquí el último viaje, y que si no me engaño, quizá no vuelva á ver el sol de estos contornos.

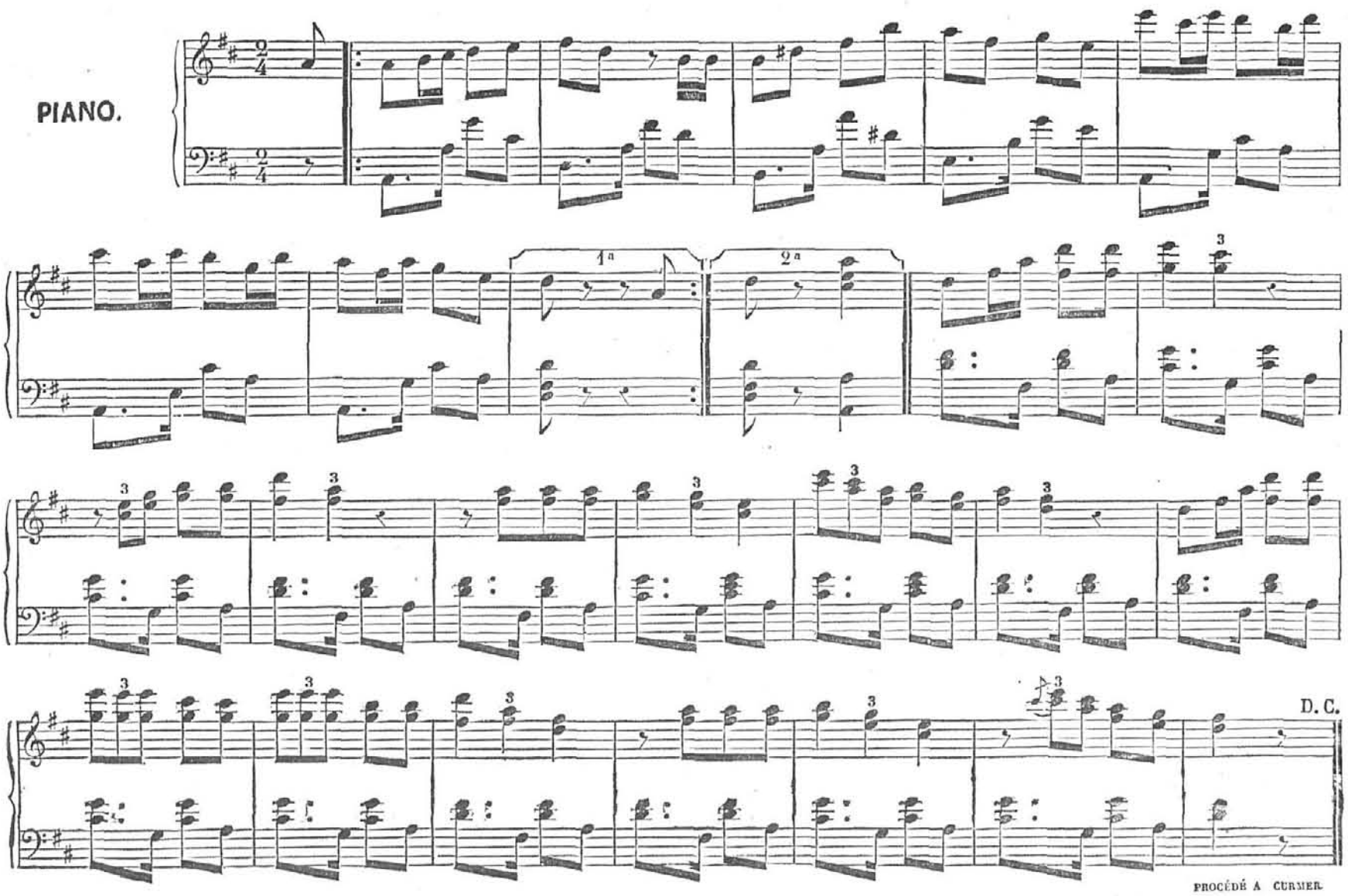


N.º 2.—GUARNICION DE ENAGUA Ó GUARDAPIES.

© Biblioteca Nacional de España

LA BELLA LOLA.

CONTRADANZA COMPUESTA EN LA HABANA POR DON JUSTO VILLANOEL.



—¿Tan malo está?

—Muy malo, si señor: tiene momentos en que le acomete un delirio espantoso, y para mi ese delirio es el que le lleva á la sepultura.

Sin saber *porqué*, la *situacion* de aquel hombre me entristeció mas de lo regular, y quedé profundamente pensativo.

—Pero... se me ocurre una idea, exclamó de repente el posadero; puesto que usted necesita esa habitacion haré que saquen de ella á ese pobre viejo, y *lo acomoden en cualquiera parte*, así como así, si la posada no me produjera mas que lo que él gasta...

Y se dirigió hácia las cuadras con ánimo sin duda de llevar adelante su proyecto.

—Espere usted, le dije.

—*¿No le parece?...*

—No: seria un crímen imperdonable arrancar de su lecho á un moribundo; no, dejadle, ya no necesito habitacion.

—Si usted se empeña...

—Sí; lo deseo, y además tengo ganas de ver á *ese hombre*.

—En cuanto á eso nada mas fácil; abra usted el cuarto número 2 de ese corredor, y allí lo encontrará tendido como un tronco.

Y el posadero volvió la espalda, y se alejó tarareando una cancion nada tierna, pero sobradamente apasionada.

Poco despues dejé á las dos señoras instaladas en un aposento, y me dirigí hácia el del enfermo. Empujé la puerta, y el trémulo resplandor de un velloncillo de hoja de lata, colgado del techo me dejó ver una escena desconsoladora.

En uno de los ángulos de la habitacion y acostado sobre un jergon de paja, habia un anciano *pálido y desencajado; una mesa de pino* y una silla completaban el ajuar de aquella triste estancia en cuyo fondo se descubria una gran alcoba, donde resonaba como en un eco, la fatigosa respiracion del infeliz soldado.

Acerquéme á él, y entonces observé que las palabras *del posadero no eran vanos*, y podian considerarse como una prediccion.

En aquel rostro ajado y cadavérico no circulaba ya la sangre; en aquellas muñecas blancas y descarnadas no latian ya las arterias; solo sus ojos despedian un brillo extraño y siniestro, como el de *una luz que oscila y cambia de color antes de apagarse*.

Me senté junto al lecho de aquel hombre, y lo examiné en silencio. Al sentimiento de terror que su vista me causó al principio, habia sucedido otro de piedad, y ya solo ví en él lo que realmente era; *un mortal que se acercaba al término de su peregrinacion*.

Él por su parte me contempló tambien un instante en silencio, y luego murmuró, animando su rostro con una sonrisa lúgubre:

—¿Viene usted á verme, eh?

—Sí, señor, le respondí.

—¿Será usted médico, probablemente?

—Nada de eso; aunque hace pocos años traté de serlo, cambié de opinion, y por consiguiente de carrera; he sido alumno del colegio de artillería.

—¿Militar? bien, jóven; esa es una senda llena de peligros, pero gloriosa; quizá llegue usted á su término; quizá tambien al poner en ella la planta, la *mano* de un extraño ó de un amigo le arrebate á su familia y á su patria; en cualquiera de esos casos será usted mucho mas feliz que yo.

El anciano fatigado dejó caer la cabeza sobre el capote que le servia de almohada.

—He sufrido miserias sin cuento, prosiguió despues de una leve pausa; *he presenciado* una tras otra la muerte de mis objetos mas queridos; la ruina de mis hogares, la pérdida de mi juventud, de mis ilusiones; todavía llevo sin cicatrizar en mi pecho heridas abiertas entre el fragor de los combates, y sin embargo, hasta este momento no he *desesperado; tenia una voz que se alzaba en mi conciencia* para alentarme, pero conozco que se extingue; solo me quedan mis recuerdos, y detrás de ellos nada, el olvido; ni un acento que eleve por mí al Señor una plegaria; ni unos ojos que vengan á llorar sobre mi tumba.

Dos lágrimas se deslizaron por las flacas megillas del soldado, y tuve que volver el rostro para que no viera correr las mias. . . . . .

. . . . . .

Al llegar á este punto de la narracion daban las diez en el reloj de la Trinidad. Tres horas hacia que mi amigo Narciso hablaba, y tanto *él como yo* nos hallábamos profundamente conmovidos. Y no podia menos de ser así. Las almas acostumbradas al sufrimiento son semejantes á la sensitiva; un eco

© Biblioteca Nacional de España

perdido, un sollozo de la brisa, una hoja arrastrada por el viento, despiertan en ciertas imaginaciones tristes memorias, delicias pasadas, presentimientos sombríos. Además, Narciso habia sido víctima de uno de esos dolores intensos que son la pesadilla de toda una existencia; habia visto desaparecer de la tierra un ser que él revistiera de todos los encantos imaginables; ser que fué mucho tiempo su ángel bueno, y cuya ausencia lo arrojó del cielo para lanzarlo por un camino donde solo encontró llanto y amargura. Muchas veces, vagando solitarios á la caida de la tarde por las alamedas del Buen Retiro, he escuchado de sus labios la historia de su vida, que yo no acababa entonces de comprender, y que hoy comprendo por desgracia demasiado.

Al cabo de un rato de silencio, durante el cual mil ideas confusas se agitaron en nuestra mente, mi jóven compañero volvió á tomar el hilo de sus recuerdos, prosiguiendo:

—Creo inútil referirte todos los pormenores de aquella conversacion, que no hizo mas que prolongar el martirio del anciano. Tú no sabes aun lo que es una agonía, no calculas lo inmenso, lo terrible de esa lucha entre la vida y la muerte; la una exhalándose en lamentos y súplicas, la otra robando al corazon sus latidos, y trayendo á la imaginacion mares de sombras; tú no sabes eso, y ¡ojalá consiguieras ignorarlo siempre!

—Pero, ¿cuál fué el resultado de aquella escena?

—Voy á decírtelo; era ya cerca de la media noche, cuando el anciano, agradecido sin duda á mis consuelos, y deseando por su parte recompensarlos, me hizo aproximarme mas á su lecho, y con una voz tan débil que apenas pudo llegar á mi oido:

—Jóven, me dijo, quien quiera que usted sea, es un hombre generoso y bueno; nada puedo darle que sea una prenda digna de usted y de mí, pero voy á hacerle un presente que es el único tesoro que poseo, y el cual, sin usted, me hubiera acompañado á la tumba.

Y diciendo esto sacó del bolsillo de su mugriento capote un paquete de tela gruesa, por cuyos lados sobresalian algunos fragmentos de papel ya rojos por el tiempo.

—Hubo una edad, añadió, en que yo tambien fuí generoso, porque era jóven como usted; el infortunio no me ha despojado de mis sentimientos; en prueba de ello entrego á usted esos papeles que guardan alguno de los episodios de mi vida, trazados á veces entre los ruidos del campamento, á veces en la calma de los hospitales; guárdelo como la pobre herencia de un veterano, y Dios quiera encuentre usted en ellos algun buen ejemplo que imitar.

Yo tomé con religioso cuidado el paquete, apreté la mano helada del anciano entre las mias abrasadoras, y me lancé fuera de la habitacion porque necesitaba respirar... y gemir.

Paseando estaba por el patio con los brazos cruzados, cuando se me plantó delante el posadero preguntando:

—¿Acertaré yo?

—Lo ignoro, respondí, pero á propósito, ¿cuánto gasto ha hecho ese hombre en los tres dias que lleva de permanencia aquí?

—Veinte reales, señor, si quiere usted examinar la cuenta...

—No es necesario: tome usted cuatro duros por si todavía se le ocurriese algo.

—Mucho sobrará, caballero.

—Guárdelo usted para ayuda del entierro.

Pocos instantes despues me dirigí á la galera, con ánimo de descansar en ella un rato, en tanto llegaba la hora de proseguir la marcha.

El sueño me rindió, y cuando desperté, estábamos ya muy lejos del pueblo donde habíamos pasado la noche. Mis compañeros habian tenido por conveniente darme esta broma.

—¿Y el soldado?

—Tambien fué esa mi primera pregunta al abrir los ojos; la respuesta del mayoral fué que habia muerto á la madrugada.

—¿Y tus amigas del viage?

—Ignoro lo que ha sido de ellas; yo las dejé en Zamora, y salí al dia siguiente con direccion á Portugal.

Hasta aquí la historia que me refirió mi amigo: en cuanto á la herencia á que se refiere, pasó desgraciadamente á mí, y me ha servido de fundamento para un libro que acaso vea algun dia la luz pública.

Hé aquí el motivo de esta trasmision consignado en una carta enlutada que guardo entre mis papeles, y que está concebida en estos términos:

«Bercelona 7 de agosto de 1839.—Mi querido amigo: En nombre de mi desolada familia; en nombre tambien del cariño antiguo de usted á mi hermano Narciso, tomo la pluma para noticiarle su desgraciada muerte, ocurrida ayer á las seis de la tarde. Despues del nuestro, el recuerdo de usted ha sido el mas vivo en su imaginacion; en prueba de ello, recibirá usted por conducto particular un paquete lacrado, memoria de cariño que tengo encargo de remitirle, segun su expresa voluntad. Yo he llorado mucho; pero Dios me dá fuerzas, y viviré para consolar á mi madre que ha sufrido mas que yo.

Ruegue usted al cielo por el pobre Narciso, y no se olvide en sus oraciones de su afligida hermana, y de usted verdadera amiga

TERESA M.

Posdata.—Mi hermano ha muerto siendo teniente de artillería.»

En cuanto al paquete que recibí dos dias mas tarde, era el mismo que el viejo soldado habia regalado á Narciso antes de morir, y el mismo que yo conservo cuidadosamente, no sin haber derra-

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Vestido de boda.—Trage de pult de seda blanca; un volante muy ligeramente fruncido, con cabeza dentada, va puesto en el borde del trage, y disminuye de altura de trecho en trecho; el volante está adornado con una rica pasamanería de seda blanca con bellotas largas; corpiño montante, con faldeta corta todo al rededor, excediendo ligeramente por las caderas; mangas estrechas, sin ser ajustadas, con hombreras y adornos de pasamanería blanca; velo de tul blanco; la parte superior está redobladá y echada hácia atrás.

Vestido de calle, que puede convenir á la madre de la novia. Trage de pult de seda verde-prado; lo bajo de la enagua está guarnecido con un rizado estrecho; la guarricion principal se compone de encage negro, dispuesto en cuadros longos rellenos por bullones, de tela igual á la del trage. Corpiño montante con alamares de encage; mangas estrechas reproduciendo la guarnicion del trage; toquillon de encage negro de Chantilly. Sombrero de tul blanco, adornado con plumas blancas.

Vestido de boda.—Trage de tafetan blanco. La enagua va orlada con un bullon de gasa de seda blanca, sobre el cual corre un encage estrecho blanco; ancho arabesco formado por bullones semejantes. Corpiño con escote alto cuadrado, y al rededor de este un bullon; otros bullones forman las hombreras y las vueltas de las mangas; velo de tul blanco.

© Biblioteca Nacional de España

mado lágrimas alguna vez leyendo el precioso manuscrito que encierra; tesoro, como le llamaba muy bien el veterano; pero tesoro de poesia, de abnegacion y de virtud.

MANUEL DEL PALACIO.

AL ILLMO. SR.

DON FÉLIX MARIA DE ARRIETE,

OBISPO DE CADIZ,

EN SUS DIAS.

Una florida mañana
De mayo al primer albor
Una oveja á su pastor
Vá á buscar á su cabaña.

Pastor de un noble ganado
Dulcemente enternecido
Al ver un pastor querido,
Querido cual deseado.

¿Porqué un bien sobre otro bien
De tí no se ha de esperar,
Si eres inclinado á amar
Y á ser amado tambien?

Espejo es el arroyuelo
En que el hombre se retrata
Y el mar espejo de plata
Para el hombre y para el cielo.

Espejos de falsedad
Son estos, de encanto y risa:
El polvo que el hombre pisa
Es el solo en que hay verdad.

Ese le anuncia el despues
Y los otros el presente;
Que en el polvo únicamente
Se vé el hombre tal cual es.

Por eso de orgullo vano
Tu virtud el nombre olvida,
Y en el libro de la vida
Dios la escribe de su mano.

Por mas que se mira allí
Sobre nosotros alzada
De Dios la potente espada
Pocos la ven sobre sí.

La verán los que sin arte
Aprendan con el oirte
Lo difícil de seguirte,
El anhelo de imitarte.

Tiernamente acongojados
Muchos serán reprimidos.
¡Dichosos arrepentidos
Y felices desgraciados!

Eternos cuentes los dias
Y tus triunfos y memorias,
Y en esta busco tus glorias
Pero no busco las mias.

Como errantes peregrinos
Los tristes mortales son:
Desierto es su corazon,
Aun mas que están sus caminos.

Planta en sus almas dudosas
Las flores de todo bien,
Nardos de Jeresalen
Y de Jericó las rosas.

A tu elocuencia divina
Con sencillez sigue santa
La estrella que se levanta
Ante el alma que se inclina.

Las almas en raudo vuelo
Irán cual dulces palomas
A respirar los aromas
De los ángeles del cielo.

UN GADITANO.

ORIENTAL.

A EL...

Moro, cuyo genio y gala
Son de tu pátria el orgullo,
Y de tu acento al arrullo
El del ruiseñor no iguala;
Cuyos labios vierten perlas,
Y á las cristianas y moras
Arrebatas si enamoras,
Quedando rendido al verlas;
El de los hermosos ojos,
Cuyas miradas de fuego
Dejan al amor mas ciego
Ya quiten ó den enojos;
El de la nevada frente
Y de negra cabellera;
El de la faz hechicera
Y de corazon ardiente;
El que en JUSTAS Y TORNEOS
Conquistó siempre la palma,
E intentó robarme el alma
Con sus finos galanteos;
Por plebeyos y señores
Siendo siempre distinguido,
Y entre TODOS aplaudido
Y coronado de flores;
Oye mi voz sin asombro,
Pues si el decoro lo veda,
Tu nombre en el alma queda
Cuando á mis solas te nombro.
Ante todo soy Cristiana...
Pronunciara yo un «te adoro»
Prometiéndote un tesoro...
Mas tú tienes tu SULTANA.
Celos tuviste de mi
Sin conocerme otro dueño,
Mientras que en dulce beleño
En otros brazos te ví.
¿En tu pátria no hay amor?
O no siente la mujer?
O ha renunciado al placer
Y se resigna al dolor?
Es tanta su esclavitud
Que los celos desconoce?
O amando liviana el goce
Yace abyecta y sin virtud?
Al germinar la pasion
Y hallar rivales son hielos
Que no sienten crudos celos...
O no tienen corazon?
Por fortuna soy CRISTIANA,
Siento celos.... tengo amor...
Mas moriré de dolor,
Y no venderé á una HERMANA.
Mucho estimo tu lealtad,
Mas vé, Moro, si me quieres,
De no amar á dos mujeres,
Que yo tengo dignidad.
Y al revelar tu pasion,
Y al probarme tus desvelos,
Crecen mas y mas mis celos...
Porque tengo corazon.
Tengo corazon que arde
En una llama infinita,
Y enamorado palpita
Sin que su ventura aguarde.
Pero soy buena española...
Y aunque te parezca altiva,
Si he de ser yo la CAUTIVA,
Quiero ser CAUTIVA SOLA.
Y aunque me cueste desvelos
Y aunque sucumba al dolor,
Debo sofocar mi amor...
Y tú, devorar tus celos...
Mas no los tengas de mí;
Soy sensible, y sé llorar...
Y soy mujer y sé amar...
Mas sé amar con frenesí...
Y mi corazon amante
Vé desde un polo á otro polo
Un objeto solo, solo,
A quien dar su fe constante....
Moro, tú en cambio recibe
De tu prenda esta flor sola,
Y respeta su corola
Mientras tu prenda en mí vive..
as sabe que soy CRISTIANA...
Y si has de amar á las dos,
De mí te olvida... y á Dios!...
Ama solo á tu SULTANA.

MARGARITA PEREZ DE CÉLIS.

MARIA.

(Conclusion.)

A los pocos dias emprendieron su viaje bajo los mejores auspicios. Llegaron por fin á la arabesca Granada. El corazon de María se extasiaba recorriendo con sus hermosos ojos su fértil y dilatada vega, sus pintorescos caseríos que se divisan allá á lo lejos entre las diferentes flores y los árboles frutales; mas allá, paciendo las blancas ovejas en medio de una alfombra de verdura: todo era grato á su corazon.

—¡Qué país tan delicioso! decia para sí. Aquí, donde los campos demuestran por todas partes la fecundidad de sus tierras, donde brotan clarísimos riachuelos que serpentean por las sierras, los llanos y la ciudad... Este es el eden de los españoles.

¡Cuán lejos estaba de pensar que en aquel paraiso la habia olvidado su amante!

A los pocos dias de residencia ya se habia relacionado la condesa con lo principal de la poblacion, por lo que fueron convidadas á un baile que daba una amiga suya. María, no acostumbrada á esas reuniones de etiqueta, buscaba mil pretextos para no concurrir; pero su protectora la animó y convenció de tal modo, que no pudo excusarse. Efectivamente, trasladémonos con ella á un salon adornado con el mayor gusto.

Serian como las doce de la noche, casi todos los convidados se hallaban reunidos, y hacia ya rato que se habia principiado el baile, cuando un criado anunció á la condesa de Belmonte; pero venia esta acompañada de una linda jóven en la que fijaron todos la atencion.

—Qué hermosa, se decian los caballeros unos á otros. ¿Será hija suya? ¿Será alguna amiga?

Nadie la conocia. Entre tanto la condesa habia tomado asiento, y la tímida María apenas se atrevia á levantar la vista del suelo.

—Vamos, deja esa timidez, hija mia, yo espero que te has de divertir mucho.

—No sé porqué, pero me predice el corazon alguna cosa funesta.

—Deja esas cavilaciones; todo convida á la alegria; ¿qué tienes que temer estando yo á tu lado?

—Es verdad, señora, debia desechar de mi imaginacion esos recuerdos tristes que me persiguen bien á pesar mio.

Callaron entrambas, y la condesa entretenia su curiosidad observando los prendidos de las bellas y graciosas granadinas. Un lacayo de librea anunció al señor marqués de*** y su esposa. María, absorta en sus pensamientos, ni siquira oyó aquel título, que de ningun modo hubiera fijado su atencion. En esto un elegante jóven la suplicaba tuviese la bondad de bailar una contradanza con él, y despues de dirijir una mirada á su protectora como preguntándole qué debia hacer, accedió mas bien por no desairarle, que por aficion á bailar.

Presentóse en uno de los círculos, oyendo por todas partes palabras lisonjeras que hubieran envanecido á un alma menos despreocupada y mas preciada de sí misma; pero nuestra jóven contestaba con una lijera sonrisa.

—En baile, gritaron diferentes voces.

En aquella confusion era preciso saber cuál era la pareja con quien se tenia que hacer las figuras; así fué, que el caballero que acompañaba á María, despues de haber visto con quién iban los demás, la dijo con el mayor cariño:

—Señorita, nuestra pareja de enfrente es el señor marqués de *** y su señora.

Nuestra jóven no pudo ver mas que á la marquesa, por hallarse su esposo vuelto de espaldas hablando con algunos amigos.

—Es muy guapa, dijo María dirijiéndose al jóven que la habia sacado á bailar.

—Sí, pero despues de ver á Vd., no puede gustar ninguna mujer por bella que sea: Vd. las oscurece á todas.

—Mil gracias, caballero, pero hace tiempo que sé lo poco que valgo.

Hubiera continuado el diálogo á no haberlo interrumpido el principio de la contradanza.

—Marqués, Vd. vá de pareja con nosotros, le decia el galante caballero: ámbos se adelantaban...

—Gran Dios, ¡María!

—Él es, ¡Jorge!...

La protegida de la condesa cae al suelo sin conocimiento. El marqués pálido acometido de un temblor que apenas le deja sostenerse, se apoya contra una ventana. ¿Y qué diremos de Luisa? Luisa que vé la realidad, que lo vé todo patente, permanece inmóvil. La condesa se adelanta con varios criados de la casa y conducen á la desgraciada jóven á un carruaje. Todo es agitacion, todo murmullos, unos dicen que la desconocida es la querida del marqués, otros opinan que seria el objeto de amores antiguos, y en medio de todo esto, los convidados se van retirando. Luisa, dirijiéndose á don Rodrigo de Ariza, le suplica se tome la molestia de preguntar si han venido sus criados: este que habia sido su pretendiente antes que Jorge, concibe un rayo de esperanza. El coche de la marquesa estaba esperando; y esta dirijiéndose á su marido, con acento mezclado de ironía y de desesperacion, le dijo estas palabras:

—Es mucho vuestro amor, marqués, vuestra fidelidad... ¿No es cierto que por nadie ha latido vuestro corazon sino por mí?

—Señora!

—¿A qué viene disculparos? Hace dos meses que nos hemos casado, y ahora principio á conoceros. El carruaje os espera, podeis partir cuando gusteis.

—¿Y vos?

—Me acompañará en el suyo don Rodrigo.

Y dirijiéndole una mirada de inteligencia, este le tomó el brazo sin dar oidos á las amenazas de Jorge.

V.

María habia estado á punto de perder la vida; pero gracias á los infatigables cuidados de la condesa y á la inteligencia del facultativo, su naturaleza demasiado jóven pudo soportar aquel golpe mortal.

Apenas restablecida un poco, manifestó su vocacion inmutable de pasar el resto de sus dias en el convento que se observara la regla mas rigorosa. Inútiles fueron todas las reflexiones que trataron de hacérsele para disuadirla: el mundo no tenia atractivos para ella: destruida la esperanza que alimentaba su existencia, miraba esta con desprecio. ¡Jorge unido á otra! ella no podia unirse sino con Dios. El amigo de su infancia no era ya su amante, era el marqués de ***. ¿Y permaneceria tranquila cuando le viera al lado de aquella mujer odiosa prodigándole tantas caricias? Era imposible: un monasterio donde pudiera llorar libremente lejos de la suspicacia del mundo y de los sarcasmos de los hombres, era su único refugio.

Habrian pasado unos tres meses desde esta ocurencia, cuando una multitud de gentes pugnaban por entrar en

© Biblioteca Nacional de España

un convento de religiosas: era la profesion de sor Margarita: María en el siglo.

—¡Qué pálida está! decianse los unos á los otros.

—¡Desgraciada! murmuró en voz baja don Diego de Galvez.

—¿La conocíais vos? preguntóle una mujer de edad.

—La conocí para no verla jamás.

Las lágrimas inundaban las megillas del caballero.

Vamos, le decia otro jóven, bien preveia yo que no tendrias valor para verla por última vez.

—Sí, amigo mio, quiero verla y despues morir...

Don Diego era el galante jóven que la acompañaba en el baile de la señorita de E... cuando María reconoció á Jorge.

El acto religioso se verificó: la condesa de Belmonte fué su madrina. Sor Margarita lanzó un suspiro ahogado mucho tiempo, y al abrazar á la condesa una lágrima empañó sus hermosos ojos.

—Señora, Dios me dará fortaleza para... olvidarle.

—María, hija mia.

—Valor, es preciso; exclamó la nueva religiosa desprendiéndose de los brazos de su protectora.

Un año despues no se hablaba de otra cosa que de la marquesa de *** que se habia fugado de su casa con don Rodrigo de Ariza, ignorándose su paradero. El marqués habia mucho tiempo que no recibia á nadie: triste y pensativo vivia encerrado en una habitacion interior y no permitia que le sirviera sino su amigo Juan, como él llamaba á su antiguo criado. Don Jorge no salia sino para visitar un convento de monjas no lejos de su casa, donde pasaba las mañanas en oracion. Un dia oyó ruido muy inmediato adonde él estaba rezando: levantó la cabeza y vió que lo producian las religiosas que entraban al coro bajo.

—Ella estará allí, decia interiormente; yo la he sacrificado. Dios mio, perdóname.

Toda la gente se habia retirado, y tan solo él permanecia en el mismo sitio. Al ruido de las llaves conoció que se habia quedado encerrado en la iglesia. No hizo ningun movimiento: impasible á todo lo que no tenia tendencia al pensamiento que le devoraba ó al remordimiento que sentia, permaneció en la misma actitud. Pero oyó una voz que le distrajo y que repitió diferentes veces:

—Jorge, Jorge, tú has labrado la infelicidad de los dos.

—María... ten piedad de mí.

Una mano seca, descarnada, arrojó por entre la celosía un papel. El marqués se aproxima á una moribunda lámpara.

—¡Dios mio! ¡es la carta que le escribí el dia de mi partida! Perdon, perdon, María...

Y cayó al pié de un altar sin conocimiento. El sacristan abrió las puertas de la iglesia, y vió un hombre que se disponia á llamar.

—¿Qué quereis?

—Soy el mayordomo del marqués de ***, y estaba esperando que abriéseis para ver si mi amo está aquí.

Juan registró todas las capillas y en una de ellas tropezó con un bulto: era el marqués. Le sacó al dintel de la puerta ayudado del sacristan, donde el aire libre le hizo reponerse un poco. Su primer ademan fué registrarse, y luego aproximándose á su amigo, le dijo al oido:

—Busca un papel que tenia de ella.

Juan volvió á entrar, y por una rara casualidad lo encontró al momento. Don Jorge casi sin poder sostenerse llegó á su casa, y apenas entró en ella quiso revisar el billete, pero á la vuelta encontró escritas unas cuantas líneas que decian así:

«Jorge, tú faltaste á tus juramentos, yo no he faltado jamás á los mios; tú me olvidaste, yo te he amado siempre; pero todo te lo perdono: vive tranquilo, sin remordimientos, y hasta que dejes de existir rogaré al Todopoderoso porque vuelva la paz á tu alma y la felicidad á tu corazon.»

Al dia siguiente, pálido, moribundo, emprendió su viaje á Málaga, donde se hizo á la vela para América. Desde entonces no se ha vuelto á saber de él: unos aseguran que llegó á Buenos Aires, donde murió á poco tiempo: y otros (que son los mas) que en dicho punto permaneció muchos años en un estado de demencia completa.

J. M. y N.

LEJOS DE LA PATRIA.

HOJAS DE EL DIARIO DE UN POETA.

I.

Era la hora del canto melancólico de los poetas desgraciados: la hora del paseo solitario de los amantes afligidos.

No se oia el triste sonido de la campanilla del rebaño ni el ruido del hacha de los leñadores.

No se oia el canto de las lavanderas á orillas del rio, ni la balada del pastor al pié del árbol, ni la cancion del marinero cerca de la playa. ¡Qué calma, qué paz, qué silencio!

El sol tocaba á su ocaso inundando el cielo, el mar y los campos, de un luminoso vapor teñido de azul, oro, rosa y esmeralda.—La luna llena, pálida y triste, salia lentamente de la espuma de las aguas extendiendo por los bordes del horizonte su cabellera de plata y los pliegues de su velo de gasa salpicado de diamantes.

La estrella vespertina, linda y nacarada, brillaba temblorosa entre los tibios vapores del crepúsculo de la tarde.

La golondrina, la gaviota, la alondra y la garza blanca, lentas y caprichosas, batian perezosamente sus alas en todas direcciones, posándose en la junta de los peñascos, en la veleta de los campanarios, en las almenas de las azoteas y en las cornisas de las iglesias.

Susurros vagos y suaves como el murmullo de una melodía lejana, voces misteriosas como los rumores de las grandes soledades, llenaban las ondas de la atmósfera perfumada con el aroma de los manzanos y naranjos en flor.

Aquel sol moribundo, aquella calma profunda, aquel silencio solemne, aquella triste poesía, aquellas aves perezosas, aquellos sonidos desconocidos, me conmovian, mi corazon lloraba, se quejaba y se sentia morir...

¡Oh! qué dulce es la oracion de la tarde! Qué emociones tan plácidas inspiran á los poetas y á los enamorados el último vuelo de la golondrina, el último rayo del sol poniente, las últimas armonías del dia que muere, y las últimas vibraciones del *Angelus* perezosamente repetidas por el eco de loma en loma.

En aquella hora, entregado á una vaga é indefinible melancolía, abismado mi pensamiento en dolorosas meditaciones, aspiraba el perfume de la flor de los recuerdos, y pensaba en mi tierra querida.

II.

Me acordaba de mi padre, de mi madre, de mi hermanita, del cura de mi aldea, y de mi dulce Jenni, mas linda que las estrellas azules, mas blanca que las blancas estrellas del alba, melancólica como las estrellas nebulosas que se esconden en las manchas de color de perla que jaspean el cielo en las puras y serenas noches de verano.

Me acordaba de la golondrina que venia todas las tardes á anidarse en las grietas de las paredes de mi jardin; del perro que me aguardaba meneando la cola en la ventana de la sala ó en el umbral de la puerta; de las palomas blancas y azules de mis bosques de inmortal verdura.

Creia oir las canciones del aya que mecia la cuna de mi hermanita; el canto triste del negro que limpiaba la cocina, el canto aun mas triste de la esclava que lavaba los manteles en el arroyo del huerto de mis padres.

Creia ver el azulado humo de mis hogares, la casita del guarda-bosque al pié de la montaña, la verdosa luz de *San Telmo* ó *Santa Elena* en la cruz del cementerio y en la veleta del campanario en las noches de tempestad.—Y las flores de mi jardin? y las costumbres de mis mayores? y el amor de las hijas de mi país?... ¡Oh! yo me acordaba de todo!...

III.

¡Cuál fuera feliz mi corazon si tornaran aquellas plácidas escenas de la vida doméstica, aquellos dulces cuadros íntimos de familia, aquellas tiernas alegrías de las fiestas de la casa paterna, aquellas agradables veladas de invierno pasadas al rumor de la lluvia y del viento junto á la llama del hogar, donde siempre habia una tetera humeante que dejaba oir un lijero murmullo producido por los hervores del agua destinada á la infusion del té!

Jenni! cuántas veces, en aquellas sabrosas y apacibles reuniones nocturnas al rededor de la lumbre, contemplé á lo reflejos del fuego y á la claridad de la lámpara, tus lindas facciones mientras el aya arrullaba el sueño de mi hermanita cantando aires populares con expresion melancólica!

IV.

Te acuerdas, Jenni! Apenas brillaba la estrella de los pastores, abrias la puerta de tu cabaña oculta en un bosquecillo de limoneros y naranjos en flor. Ya yo estaba allí el pié del ciprés, junto á la fuente sombreada por un sauce del desmayo. Saliamos el uno al encuentro del otro, nos dábamos la manos, y saludábamos al lucero de la mañana y á la blanca luz del alba.

Luego yo ataba bajo tu barba, coloreada con el dulce matiz de la primera edad, las cintas de color de rosa de tu sombrerillo de paja de arroz adornado de campanillas azules y yerbecitas del campo.

Seguíamos el caminito que conduce á la casita del cabrero de la montaña, y allí á orillas del agua bebiamos sabrosa leche en jarros de búcaro.—Luego haciamos ramilletes para el cura de la aldea que adornaba con nuestra ofrenda los ángulos del altar y las cornisas del campanario.

¡Oh! cuál fuéramos dichosos si gustáramos otra vez del bien que hemos perdido!

V.

Te acuerdas, Jenni! Juntos íbamos á la misa de aguinaldos tiernamente cojidos de la mano como dos amores: juntos oiamos la Misa del Gallo y comiamos las tortas de Noche-Buena en el átrio de la iglesia al alegre clamor de las campanas que celebraban el nacimiento del Niño-Dios: juntos, primorosamente vestidos de ángeles, regábamos flores en la procesion del patrono del pueblo: juntos paseábamos en las noches de feria comiendo manzanas y buñuelos; juntos íbamos á la iglesia los domingos por la mañana, y los sábados por la tardecita á oir la salve: juntos íbamos al cementerio el dia de difuntos á adornar las cruces de madera con la flor amarilla de los muertos: juntos saboreábamos las mismas frutas á la sombra del emparrado el dia que mi padre celebraba su natalicio con una fiesta de familia; y juntos nos sentábamos siempre en el banquete del hogar, comiendo el mismo pan y bebiendo el mismo vino, el vino de la pátria, no en la copa de oro del festin, sino en la copa de trasparente cristal del amor y de la amistad.

VI.

¡Dios mio! por el amor que tengo á mi pátria, precipita la llegada de esa fecha ignorada que ha de señalar el dia que tornarán para mi esas hermosas escenas domésticas, esos dulces cuadros de la vida privada, esas alegrías de las fiestas de familia tan gratas al poeta, al enamorado y al corazon sensible.

¡Dios mio! ¡Dios mio! Lloraré mucho tiempos lejos de la pátria?

JULIO ROSAS.

LOS SUEÑOS.

Si no fuera tan apremiante la necesidad de vivir, yo creo que algunas veces tendriamos tiempo para pensar en algo.

Pensar es detener, reflexionar es pararse; ¿y quién se atreveria á detenerse con peligro de quedarse atrás?

La vida es una especie de progreso que no nos deja tiempo para pensar.

Desde el momento en que se nace, hasta el momento en que se muere, se está viviendo sin un instante siquiera de interrupcion.

Para dar variedad á este trabajo asiduo y constante del hombre, se han buscado diversas maneras de vivir.

Se han inventado figuras distintas, que representan una misma cantidad.

Así como para decir las mismas cosas se han inventado muchos idiomas.

Pero en realidad no hay mas que una vida que no tiene sustitucion.

El que una vez se queda sin ella, ya no vuelve á vivir.

Por eso todos tenemos tanto afan en conservarla.

Es incalculable lo que el hombre haria si por un privilegio de la naturaleza no tuviera nada que hacer.

¡Infeliz! desde que nace hasta que muere, se siente oprimido por el trabajo contínuo y forzado de vivir.

¿A dónde llegariamos si pudiéramos hacer que la vida se esperara?

O para decirlo de una manera mas absurda, mas comprensible y mas exacta:

¡A dónde iríamos á parar si nos fuera posible detenernos!

En esta carrera precipitada, en la cual parece que vamos huyendo de todo lo que sucesivamente vamos buscando, apenas tenemos tiempo de ver lo que pasa por delante de nuestros ojos.

Con tanta rapidez cruzan las cosas á nuestra vista, que no podemos verlas mas que por la superficie y desfiguradas por la velocidad del movimiento.

Hay una en la que tropezamos todos los dias, sin que hayamos podido averiguar aun ni el mas fácil de sus secretos.

Es la cosa mas rara y la cosa mas frecuente.

La cosa mas natural y la cosa mas incomprensible.

Es una cosa ante la que todos cerramos los ojos y doblamos la cabeza.

Se llama sueño.

La sombra, enemiga de dejarse ver con claridad, tiene la precaucion de no aparecer hasta que se apaga la luz.

Por eso no se la vé mas que de noche.

El sueño, mas ingenioso, ha encontrado un medio mas seguro para no ser visto á pesar de la luz.

Su primer cuidado es cerrarnos los ojos.

Apenas los abrimos desaparece.

Es imposible cojerlo desprevenido.

El sueño es un mundo en el cual entramos como en este, esto es, completamente á oscuras.

Si yo fuera ciencia, viviria en contínua desesperacion.

Eso de no poder averiguar lo que pasa dentro de uno mismo, es una vergüenza.

No dejarnos penetrar en lo que tan inmediatamente nos pertenece, es una crueldad.

Obligarnos á que cerremos los ojos ante el poder de una cosa que no comprendemos, es una tirania.

¿Porqué hemos de doblar la cabeza ante las exigencias del sueño?

Bien mirado, dormir no es mas que tenderse para que pase por encima de nosotros un tirano invencible.

Y sin embargo, soñar es la palabra mas libre y mas bella que se encuentra en el diccionario.

Sueño equivale á felicidad.

Sueño se llama á todo lo que nos parece imposible, y los imposibles tienen la crueldad de parecernos hermosos.

Cosa extraña. Tenemos que echar el velo profundo de nuestros párpados sobre la realidad de las cosas para vernos felices.

Los sueños son unas especies de citas misteriosas que nos damos con todo lo que vive en nuestro deseo.

Todo lo que no podemos realizar, lo soñamos.

Es un modo incomprensible de ver lo que no tiene forma, de gozar lo que no existe.

Para los médicos un sueño no es mas que una conjestion; y es claro: ¿qué ha de ver un médico sino vé una enfermedad?

Los sueños suelen tener muy malas intenciones.

Esa mala intencion que llevan siempre consigo todas las mujeres que son muy hermosas.

© Biblioteca Nacional de España

Toda mujer puede ser amada constantemente por un hombre.

Esta es una regla general que no tendria excepcion si no hubiera otra regla contraria y tambien general.

Todo hombre preferirá siempre á la mujer mas bella.

Las mujeres saben eso perfectamente y hé aquí lo que hacen:

Ciegan á los hombres para que no puedan ver á las demás.

El sueño es así: es el que quita el encanto á la realidad.

Desgraciado del que enamorado de una cosa real, tenga desventura de soñar otra.

Es seguro que si el hombre no soñara, viviria muy contento.

¿Porqué será que los niños se despiertan siempre llorando?

Los sueños son una cosa mucho mas trascendental de lo que parece á primera vista.

Hacer de un sueño una realidad, es privilegio exclusivo *del poeta*; es un secreto *del arte* que *nadie ha* podido robarle todavia. Tal es la obstinacion con que lo guarda.

Los filósofos modernos se han empeñado tambien en hacer de sus sueños una realidad.

Ellos habian de querer tambien que sus sueños tomaran cuerpo, y siguiendo los procedimientos mecánicos del arte, tomaron papel y empezaron á dar forma de libros á todas sus quimeras.

Aquí empieza la segunda perdicion del mundo.

Un aleman que no tiene nada que hacer, coje un jarro de cerveza y enciende su pipa.

Los vapores del brevage y humo del tabaco, forman en su imaginacian una atmósfera semejante al caos, una cosa parecida á los primeros momentos del sueño.

Cuando los hombres no tienen nada que hacer, es precisamente cuando hacen las grandes cosas.

¿Qué habia de hacer el espíritu aleman al ver desvanecerse ante sus ojos la realidad de la vida borrada por los vapores de la cerveza y el humo del tabaco?

Si el mundo huia de su vista, ¿habia de quedarse indolentemente dormido en el aire?

Esto hubiera sido sublevarse contra las leyes de la gravedad, y lo primero que necesita un filósofo aleman es ser grave.

Al encontrarse fuera del mundo que todos pisamos, se veia en la necesidad de crear otro mundo.

El humo del tabaco y los vapores de la cerveza no habian de ser menos que la *nada*.

Esto hubiera sido absurdo.

El *humo* es dócil y se prestó á la nueva creacion.

La cerveza no pudo negar que llevaba dentro de sí un espíritu activo.

Y la imaginacion se abrió como el vacío para dar paso al flamante universo.

He aquí el *Génesis* de este nuevo mundo que se llama filosofía alemana.

De esto resultó que se han vuelto *científicamente* locos una porcion de séres racionales.

Y como al crearse el mundo de la *filosofía alemana* no ha podido destruirse el mundo primitivo, resulta que los que están soñando no pueden entender á los que están despiertos.

Esta sábia filosofía, ya que ella no puede, trabaja para que los ignorantes realicen sus sueños.

Así se vé á la multitud buscar lo que no existe.

Se agita como un sonámbulo que, soñando grandes riquezas, quisiera encontrar la realidad de sus quimeras en las tristes soledades de sus tristes bolsillos vacíos.

Ha dicho Larra que un tonto y un hombre de talento se distinguen en que el primero dice las tonterías y el segundo las hace.

Entre un sábio y un ignorante la diferencia es en sentido inverso: *el sábio escribe las locuras y los ignorantes* las ejecutan.

Todas las locuras de una mujer enamorada no son mas que el afan de realizar sus sueños.

Pocas veces un asesinato deja de ser la realizacion de un sueño de venganza.

¡Cuántos habrá en la cárcel por haber querido realizar sus sueños de oro!

Los sueños son un mundo invisible que todos llevamos oculto en el fondo de nuestro corazon ó de nuestra cabeza y que solo se nos descubre cuando cerramos los ojos.

¡Qué aspecto tan extraño tiene la realidad cuando tropezamos con ella al despertar de un sueño!

Parece como que sentimos la ligadura mortal que sujeta *el alma* á la tierra.

Parece como que pesa sobre los hombros de nuestro espíritu el peso de la vida.

Experimentamos la extrañeza, el asombro que experimentaria un águila si de repente perdieran sus alas poderosas la facultad de volar.

El sueño es la ventana de la cárcel en que vivimos.

Soñar es tender la mirada por el ancho paisaje que se dibuja fuera de *nuestra prision*.

Despertar es volver los ojos al centro del calabozo, cuyas paredes duras y frias nos cierran el paso por todas partes.

La mitad de la vida pasamos soñando.

JOSÉ SELGAS.

DE LA MENDICIDAD.

El nuevo proyecto de establecer en Cádiz un Asilo de mendicidad ha despertado, como no podia menos de suceder, el interés público. Nosotros, á fuer de celosos gaditanos, no debiamos ser los últimos en acoger, en saludar esta mejora, y en su consecuencia hemos meditado sobre ella; pero al trasladar al papel nuestros pensamientos en las breves líneas que nos proponemos consagrar á este asunto, no se nos ha ocurrido la idea, presuntuosa por demás, de que aquellos pensamientos tengan nada de nuevo ni de peregrino para las ilustradas y competentes personas á quienes se ha encomendado el estudio del proyecto en cuestion. Nuestro artículo no se dirige á ellas porque no lo han menester.

Sentemos pues algunas bases.

La mendicidad reconoce dos orígenes bien diversos; ella, ó nace de la verdadera pobreza, ó se toma como un modo de vivir cómodo y desahogado por aquellas personas que pudieran y no quieren ganarse su subsistencia por medio del trabajo. La primera de estas clases ya se comprende todo lo respetable que es en su desgracia, todo lo que la sociedad está moralmente obligada á hacer por ella; la segunda, siendo como es criminal, debe ser perseguida, aniquilada sin contemplaciones de ninguna especie.

De estos principios, perfectamente óbvios, han partido todas las disposiciones legislativas respecto á los pobres, dictadas tanto en España como fuera de ella; pero sin embargo, esta distincion tan racional, tan legítima, y sobre la cual habian de establecerse los casos y llevarse á cabo las medi*das contra los falsos pobres, ha encontrado siem*pre dificultades casi insuperables en la práctica, debidas por lo comun á la fuerza de inveteradas costumbres, y hasta acaso á la exageracion de un sentimiento de piedad. Por eso dice don Juan Sempere y Guarinos, en su *Biblioteca española económico-política*, que difícilmente se hallaria una legislacion mas severa que la de España contra los mendigos válidos, pero que tampoco se hallaria nacion alguna en la que la mendicidad estuviese tan poderosamente protegida.

Hay pues algo que hacer, y quizá no poco, para desembarazar este terreno; la mala yerba ahoga todavía á la mies, y tiene profundas raices; pero la mano de una autoridad firme y decidida puede estirparla, porque están de su parte la razon y la ley. En eso confiamos.

Para lograrlo, uno de los medios mas eficaces, el mas eficaz en nuestro concepto, fuera la creacion de un establecimiento como el que se proyecta; porque como el ingreso en él exigiria la probanza de verdadera pobreza, esto cerraria las puertas al mendigo válido, al holgazan, al que esplota la caridad pública en su provecho: y por otra parte, estos tales, aun cuando les fuese posible sorprender á la administracion, no trocarian ciertamente su vida vagamunda y su lucrativa industria por la dis*ciplina de una casa de beneficencia.*

Una vez lograda la empresa de descartar de los socorros públicos á esta clase de mendigos falsos, quedan solo los mendigos verdaderos; pero no hay que hacerse ilusiones que desmentiria la esperiencia, las dificultades no se habrian con eso vencido del todo; mucho quedaba aun por hacer. Vamos á explicarnos.

Hemos hablado de la disciplina, forzosa condicion de todo establecimiento de beneficencia, y esta palabra disciplina basta para poner de manifiesto nuestra idea. Existen personas, y no pocas por cierto, que mendigan porque con nada cuentan, porque están imposibilitadas físicamente para el trabajo, pero que no mendigan solo para sí, sino para proporcionar el sustento á sus familias. Por todas partes vemos, por ejemplo, pobres ciegos, cargados de hijos de tierna edad, y cuyos recursos se reducen á la limosna que piden. Y en este caso, ¿se acojerá en el Asilo á aquella familia entera? ¿Podrán ser en él educadas aquellas desamparadas criaturas? Este es un punto de organizacion que conviene meditar.

Acaso se crea que se ha resuelto el problema haciendo ingresar en las casas de Misericordia á aquellos que por su edad ó por otras circunstancias no pudiesen tener ingreso en un Asilo de mendicidad; pero esto ofreceria dificultades de otro género. Las casas de Misericordia son, por el carácter que la ley les designa, establecimientos provinciales, y por tanto no tiene derecho pueblo alguno á enviar á ellas mayor número de acojidos del que le corresponda en justa proporcion de lo que pague por semejante concepto. El hospicio de Cádiz no es solo para los pobres de Cádiz, y como además la ca*bida tiene un límite, del mismo modo que tienen un* límite las cantidades que por la provincia se le asignan para su sostenimiento, seria muy de temer que faltasen los medios de acojer á todos los que se encontrasen en el caso que hemos supuesto de necesidad urgente é imprescindible, de esa necesidad que no espera á mañana, y que por tanto provocaria en otro sentido la mendicidad, sin que bastasen á contenerla los reglamentos ni las conminaciones gubernativas mas legítimas y justas, porque además de que el hambre todo lo arrostra, el sentimiento público se pondria de parte del desvalido.

Nosotros no presentamos aquí estas observaciones con el objeto de arredrar á nadie, ni de entibiar con el cuadro de estas dificultades el celo de las dignísimas personas que han iniciado tan útil, tan moralizador pensamiento, y de las que han merecido la honrosa mision de llevarlo á cabo; por el contrario, al señalarles los escollos que han de evitar, al mostrarles los obstáculos que tienen que vencer, creemos coadyuvar, en cuanto nos lo permiten nuestras escasísimas fuerzas, á la realizacion de un proyecto tan laudable; lo cual no se logrará cumplidamente si no se asienta sobre bases seguras, si no se prevee todo, si al reglamentarlo no se tiene prevenida una solucion para todo. Así lo esperamos.

Ahora bien, nosotros entendemos que muchas de estas dificultades no nacen tanto del asunto mismo, cuanto de la circunstancia de haber de armonizar las medidas que ahora se dicten con otras prácticas generalmente establecidas; porque bien se nos alcanza que los esfuerzos de una localidad no son bastantes para remontarse á los orígenes de la indigencia, á fin de buscar en ellos los medios de atenuar sus efectos. Estas soluciones, que la le*gislacion de todos los pueblos no ha hallado hasta* ahora de un modo completamente satisfactorio, solo se pueded alcanzar por los poderes públicos, allegando á sí numerosos datos, como bases de un estudio profundo y detenido de las causas. Los remedios que esta ó aquella localidad procuren aplicar al mal no nos parece posible que tengan otro carácter que el de paliativos; pero así y todo debemos aceptarlos, como los aceptamos en efecto.

Volviendo al pensamiento en cuestion, diremos que nuestra opinion particular seria la de que se viese de combinar la creacion del Asilo con los socorros á domicilio, que para cierta clase de pobres serian muy preferibles á aquel. Nada hay en el mundo que supla los afectuosos cuidados que prodiga una familia; no hay compensacion posible para un padre al que se le separa de sus hijos, de su esposa, y aquel pedazo de pan que se le da en cambio de estos sacrificios deberá serle por cierto muy amargo, si es que lo acepta, y si es que no prefiere morir de miseria rodeado de los suyos, de los que le deben el ser, de los que pagan su afecto con toda la ternura de su alma.

Nosotros entendemos que en muchos casos este sistema seria el mejor; pero como no hemos olvidado que lo mejor es frecuentemente enemigo de lo bueno, aplaudimos la creacion del Asilo, sin per*juicio de que se mediten nuestras observaciones*, por si se halla en ellas algo de aceptable. Contentémonos por ahora con lo bueno; lo mejor podrá venir despues.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

CHARADA.

Primera con tercia es nombre
que se le da á cualquier cosa:
segunda con prima unidas
es alimaña feota;
mi cuarta antes de mi quinta
por do quier que pasa moja.
A ser yo cuarta y primera,
como no lo soy ahora,
á segunda y tercia iria
arrellanado en carroza.
Quinta, tercia, cuarta y quinta
muerte y destruccion denota,
como hecho con los despojos
de la que á nadie perdona.
Mi tercera con mi prima
no come, aunque tiene boca.
Prima, tercia, cuarta y quinta
lleva y trae á todas horas,
y en fin, mi todo es empleo
ya civil y ya de tropa.
Aquí tienes mi charada:
á acertarla, y hasta otra.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España